

# Capítulo 1

---

Las venas de un relámpago iluminaron las nubes y el cielo de medianoche se encendió al restallar un latigazo de luz incandescente. La tierra retumbó y se sacudió inquieta y titubeante. Una criatura, que se abría camino por debajo del suelo para alcanzar la superficie, contaminaba al instante a cada ser vivo que tocaba. Las hojas se marchitaron y ennegrecieron. El aire vibró sobresaltado. Cuando el vampiro llegó a la superficie giró la cabeza de un lado a otro. Oía expectante cualquier ruido mientras su astuta mente trabajaba rápidamente. Su corazón podrido latía con una mezcla de triunfo y miedo. Era el cebo, y sabía que el cazador no estaba muy lejos, seguía su rastro muy de cerca y se dirigía directamente hacia la trampa.

Traian Trigovise se abrió paso por debajo de la tierra siguiendo el hedor del no muerto. Estaba siendo demasiado fácil, pues su rastro era excesivamente evidente. Ningún vampiro sería tan obvio, a menos que fuera un novato, pero tenía la certeza de que estaba tratando con un vampiro fuerte y astuto. Traian era un antiguo cazador carpatiano, una especie casi inmortal, bendecida y maldita con la longevidad, el don de la intemporalidad y la necesidad de encontrar una compañera para poder convertirse en un ser completo. Pero por encima de todo era un depredador, capaz de transformarse en la criatura más repugnante y malvada, en un no muerto. Su gran fuerza de voluntad, y su sentido del deber hacia su especie, lo mantenían a salvo de ser presa de los susurros insidiosos y las llamadas del poder.

Cuando el túnel se desvió hacia cielo abierto, Traian continuó hacia adelante empujando con más fuerza. Oía los latidos del corazón de la tierra y percibía su energía a su alrededor. Todo estaba en silencio, incluso los insectos, criaturas que a menudo eran controladas por los malvados. Echó un vistazo a la superficie, estudió una amplia zona y descubrió tres espacios vacíos, lo que indicaba que había más de un vampiro cerca.

Se encontró con una maraña de raíces anchas y nudosas que rezumaban vida y se hundían profundamente en la tierra. Les susurró algo con mucho respeto, y acarició la raíz que se enterraba más profundamente para sentir su fuerza vital. Después se comunicó en su lengua ancestral a través de un cántico para solicitarles que lo dejaran entrar. Enseguida obtuvo una respuesta a través de los movimientos de un ancho árbol muy antiguo. Las hojas se estremecieron y se estiraron hacia la luna para abrazar la noche, aunque al mismo tiempo las ramas se encogían ante la presencia de seres repugnantes. El árbol le transmitió sus secretos, se confabuló para ayudarlo y extendió las raíces para permitir que Traian entrara en el intrincado sistema de protección y nutrición de su gran tronco.

El cazador se abrió camino a través del laberinto hasta alcanzar la superficie teniendo mucho cuidado en no molestar a la tierra ni a su red de raíces. Emergió lo justo como para poder explorar el entorno protegido por la jaula de seguridad que formaban las raíces que se superponían por encima del suelo. Cuando llegó a la superficie como un furtivo, enseguida cambió de forma y se convirtió en una sombra que se escondió entre las ramas y las hojas.

Por un momento alcanzó a ver a su presa, la alta y delgada figura de Gallent. Reconoció que el vampiro era uno de los antiguos carpatianos que muchos siglos atrás fueron enviados por su príncipe lejos de su tierra natal, igual que le había ocurrido a él. El no muerto daba vueltas continuamente, olfateaba el aire muy suspicaz, observaba atentamente a su alrededor y chasqueaba sus largas uñas con un peculiar ritmo repetitivo.

El viento atravesaba muy rápido los árboles del bosquecillo, y hacía crujir las hojas, que producían una especie de murmullo. Traian examinó atentamente la zona, buscando con la mente más que con su aguda visión. La brisa le trajo el eco de esos extraños chasquidos que surgían a su izquierda. Pero los espacios vacíos, que servían para que los no muertos

protegieran su pestilente presencia de la naturaleza, estaban a su derecha. Tardó un rato en detectar a los otros dos no muertos, que estaban esperando el momento para atacarlo y despedazarlo. Volvió a cambiar de forma y se dejó llevar por un viento amigo a través de la jaula de raíces, para elevarse por el aire nocturno transformado en moléculas hasta que llegó a las hojas más altas de la copa del árbol.

Unas oscuras nubes que parecían un caldero hirviendo se arremolinaron en el cielo. Un relámpago atravesó la turbia masa de nubes que no dejaba de moverse. Traian flotaba con una pequeña sonrisa seca en la mente. En algunas circunstancias la discreción era la cualidad más importante del valor. La banda de vampiros lo estaba siguiendo, primero un grupo y después otro. Cada vez que lo atacaban y el cazador tomaba ventaja en la batalla, los vampiros retrocedían. Esta vez parecía que le llevaban ventaja, pues en cualquier caso ya estaba agotado. Llevaban varios días pisándole los talones como si fueran una jauría de perros que persigue a su presa, y le habían hecho heridas por aquí y por allá, nada grave, pero lo suficiente como para desgastarlo. Pero Traian quería elegir su propio campo de batalla.

En cuanto se dio la vuelta volvió a oír el chasquido de los dedos cada vez más alto. Con cada nuevo clic las nubes soltaban gotas de agua. Eran pequeñas y nunca llegaban a la tierra. Se quedaban suspendidas en el aire formando una gran masa de agua brillante. Muy sorprendido vio claramente su reflejo en esa agua. No eran sus moléculas dispersas, o una ilusión, sino el hombre real que se escondía entre las hojas. Si podía verse a sí mismo, también lo podía hacer el enemigo. Fue lo único que le advirtió que en un instante comenzarían a atacarlo.

Percibió un movimiento por el rabillo del ojo y reaccionó de inmediato dando un salto mortal hacia arriba. Volvió a su verdadera forma y agradeció que las hojas obstaculizaran el paso a una red plateada casi invisible que le habían lanzado, e impidiesen que se enredara en ella. Unas lanzas cruzaron el aire girando a toda velocidad junto a unos pequeños dardos impregnados con veneno de rana arbórea, y a una lluvia de brasas al rojo vivo, que después de enterrarse profundamente en la piel podían arder durante semanas. Rodeado de una nube ardiente y muerto de dolor, Traian se deshizo de todo eso y se dio la vuelta para enfrentarse al enemi-

go. Una nube de insectos cubrió el cielo. Todo el tiempo continuaba el sonido del chasquido de los dedos.

Traian se lanzó hacia la figura sombría que orquestaba el ataque ignorando a los dos vampiros menores. Gallent parecía dirigir la acción. Era un líder del mal a pesar de que antes había sido una figura importante entre los carpatianos. Este antiguo carpatiano convertido en vampiro era un maestro en la planificación de astutas trampas, y en usar venenos que atacaban al organismo. Traian sabía que tenía un serio problema y no podía permitir que Gallent tuviera tiempo para pensar. Consideraba que los vampiros menores eran simple forraje, meros peones en su plan para matar al cazador carpatiano. Tenía que destruir a Gallent.

Atravesó violentamente el cielo con el puño en alto y golpeó directamente el pecho del vampiro para intentar romperle la carcasa de huesos y tejidos podridos, y llegar hasta su oscuro corazón.

Gallent resplandeció completamente transparente, por lo que el puño lo atravesó sin hacerle daño. A pesar de esto, le devolvió el golpe con las garras afiladas como navajas de afeitar. Su puño atacó a Traían por la izquierda con un movimiento veloz y seguro propio de un maestro. Le clavó profundamente las uñas en la piel y los músculos, hasta llegar a los huesos. Otro de los vampiros se lanzó a su espalda, y hundió sus dientes en su cuello desprotegido.

Traian se disolvió convertido en niebla y se dirigió directamente hacia el vampiro más antiguo. En el último momento volvió a su forma sólida y dio un fuerte puñetazo al pecho del no muerto. Gallent chilló. Su sangre negra salpicó al cazador, atravesó sus músculos y le quemó hasta los huesos. Era un ácido venenoso que le chorreó por el brazo y la mano.

Gallent le respondió con un feroz zarpazo a los ojos para intentar dejarlo ciego. Después le dio un brutal cabezazo, giró la cabeza hacia un lado y le clavó los colmillos en el cuello, justo encima de su desprotegida arteria. El dolor del cuello se propagó por todo su cuerpo. Los afilados dientes del vampiro le habían abierto la carne para disfrutar brutalmente del succulento banquete de su sangre pura y antigua.

Sin embargo, Traian apretó los dientes para contener el atroz dolor y poder seguir horadando el pecho del otro vampiro para llegar hasta su ennegrecido corazón. El vampiro le arrancó un trozo de carne, lo escupió

y devoró la sangre que se derramaba. Los dos vampiros menores gritaron de alegría, saltaron sobre él, lo arrastraron por el suelo y le apartaron el brazo que tenía enterrado en el pecho de su maestro. Enseguida le clavaron los dientes sedientos de sangre. Gallent los apartó a patadas, pues pretendían devorarlo, y él ya le había atravesado la piel para acceder a su precioso tesoro.

El nivel de dolor se convirtió en una agonía casi imposible de soportar. Traian sabía que tenía que retroceder para ganar tiempo y reparar los daños que le habían infligido en el cuello y en el resto del cuerpo. Con toda la sangre que había perdido se estaba debilitando rápidamente. Dos veces intentó librarse de los vampiros menores, pero continuaron pegados a él como lapas. Ni las furiosas órdenes de Gallent, ni sus terribles patadas consiguieron que lo soltaran. La atracción por su sangre pura era demasiado grande.

Gallent tuvo que abandonar su táctica, pues no dejaba de salivar y soltar babas por la boca. Los cientos de años que llevaba siendo vampiro, y la necesidad de beber la sangre del carpatiano eran más fuertes que su disciplina. Se arrojó sobre Traian atacándolo con sus garras y dientes, igual que sus subordinados, para abrirle la piel y llegar a la sangre. El banquete de esa sangre tan rica y pura que los hacía más fuertes, no solo les proporcionaba ventajas adicionales, sino que también les provocaba una ráfaga de sensaciones que deseaban sentir desesperadamente.

Traian, ya muy debilitado, tomó la única opción que le quedaba, se evaporó en el aire y huyó de los frenéticos vampiros. Los tres vampiros lo siguieron y chillaron poco dispuestos a perder su presa, justo cuando ya estaban tan cerca de la victoria. Matar a un cazador de la talla de Traian era un triunfo importante, y aún con el sabor de su sangre en sus bocas se negaban a permitir que semejante premio se les escapase. La sangre de Traian goteó sobre las hojas temblorosas y el olor de ese antiguo regalo hizo que los vampiros enloquecieran de rabia y hambre.

Traian llevaba mucho tiempo librando este tipo de batallas y el cansancio se había apoderado de él. Sin embargo, ya estaba cruzando el cielo nocturno después de verse obligado a huir. El ácido venenoso avanzaba por su cuerpo, su sangre se derramaba por el bosque y los perros del infierno seguían pisándole los talones. Miró al cielo. Todavía faltaba más de

una hora para el amanecer. Los vampiros lo perseguirían hasta que no tuvieran más remedio que meterse bajo tierra para evitar abrasarse con el sol.

Entonces maldijo entre susurros y tuvo que usar un gran fogonazo de energía para cortar la hemorragia y reparar lo mejor que pudo su cuello roto en pleno vuelo. Necesitaba tierra y saliva, pero al estar volando convertido en neblina no podía contar con ninguna de esas dos cosas. Para transformarse necesitaba energía, igual que para estar en el aire, y se estaba quedando sin ella. Tenía que deshacerse de sus perseguidores. Los perros se habían convertido en cazadores, y eran una verdadera jauría.

Miró al cielo solicitando ayuda. Las nubes le respondieron moviéndose bajo las estrellas, y lanzaron unos ardientes rayos oscuros que generaron rápidamente una gran energía que podía acabar con ellos. Deliberadamente aminoró la velocidad, lo justo para que los vampiros menores se excitaran, chillaran triunfales e incrementaran su velocidad para capturarlos.

Traian se lanzó hacia la tierra y los tres vampiros fueron detrás de él formando una uve con Gallent a la cabeza. Un denso bosque se levantaba bajo ellos. La espesa niebla baja formaba una especie de alfombra que cubría la tupida vegetación de hojas y troncos podridos. Entonces se deslizó entre las capas de neblina, giró bruscamente y se situó detrás de una gran roca que se asomaba junto a un arroyo. Desde ahí proyectó un rastro de pisadas muy lejos del lugar donde en realidad se encontraba, y se quedó muy quieto esperando a que los tres vampiros descendieran.

Gallent, que era muy experimentado, retrocedió para dejar que fuesen sus perros los que olfateasen el suelo buscando el rastro del carpatiano herido. Ansiosos por dar con su anhelada y rica sangre, las dos grotescas criaturas se arrastraron por el suelo. Uno de ellos gimíó entusiasmado al encontrar un débil rastro de hojas pisadas. Corrió tras su presa. El otro dejó de olisquear a pocos metros de donde él estaba escondido entre la niebla. Había conseguido evitar seguir perdiendo sangre por la herida del cuello, pero tenía cientos de mordiscos sangrantes en todo el cuerpo. El vampiro solo hubiese tenido que dar un par de pasos más y habría olido a su presa. Afortunadamente, los no muertos eran demasiado codiciosos como para permitir que su compañero consiguiese saltar primero sobre él.

Gallent vaciló dividido entre la cautela y la codicia. El primer vampiro menor volvió a gritar de alegría al descubrir un trozo de musgo roto justo en la orilla del arroyo. Gallent se decidió y los siguió. Bajó a tierra y apartó a sus dos subordinados para observar el rastro.

Traian atacó rápida y contundentemente. Lanzó un rayo tras otro hacia el lugar donde se encontraban. El bosque y el arroyo recibieron miles de relámpagos zigzagueantes y latigazos de energía incandescente que atravesaban el cielo y caían a tierra. Un trueno sacudió el bosque y reverberó en la noche. Los árboles se iluminaron macabramente con una intensa luz roja anaranjada.

Los vampiros gritaron horrorizados cuando el fuego devastó la tierra a su alrededor y la purificó, convirtiendo en cenizas hasta su aliento pestilente. Al otro lado de la feroz tormenta, Traian volvió a elevarse en el cielo para retirarse y encontrar un lugar donde descansar y curarse antes de volver a la caza. Era su forma de vida, la única que había conocido desde hacía demasiado tiempo.

Viajó rápidamente a través de la noche. Los montes Cárpatos estaban plagados de una serie de cuevas donde una fértil tierra lo esperaba para acogerlo. Ya estaba cerca de su hogar. Había estado viajando incansablemente para conseguir volver a su tierra natal y ver a su príncipe, pero se había tenido que desviar al cruzarse con los vampiros. Durante los últimos días se había dedicado a alejarlos de la zona donde se sabía que vivían Mikhail Dubrinsky y Raven, su compañera.

El hombro le palpitaba y ardía. Su cuello era un atroz tormento. Tenía heridas en un centenar de sitios distintos por culpa de las brasas, los dardos y los terribles mordiscos que le habían producido profundos desgarros. Encontró un hueco para acceder al fresco interior de la montaña, y se adentró profundamente a través de un laberinto de túneles. Se dejó caer sobre una apetecible cama de tierra fértil y se recostó para sentir la paz y el consuelo que le ofrecían los minerales ricos y acogedores.

Iba a necesitar sangre para recuperarse. Pero por el momento la tierra le había dado la bienvenida e iba a hacer todo lo posible para ayudarlo a curarse. Cerró los ojos y se entregó al sueño.

## *Austria*

Las puertas del teatro se abrieron y comenzó salir gente elegantemente vestida que se reía y charlaba muy satisfecha con la representación a la que habían asistido. Unos relámpagos estallaron en el cielo exhibiendo de manera luminosa y deslumbrante la fuerza de la naturaleza en estado puro. Durante un momento los largos vestidos de lentejuelas, las pieles y los trajes de variados colores resplandecieron como si estuvieran bajo los focos de un escenario. Un trueno que estalló justo por encima de sus cabezas produjo una fuerte sacudida en el suelo y los edificios. Cuando su luz se desvaneció, la noche quedó oscura y la gente casi cegada. La multitud se dividió en parejas o grupos que corrieron a sus limusinas y a sus coches. Los aparcacoches se movían muy rápido antes de que la lluvia comenzara a caer.

El senador Thomas Goodvine estaba bajo el arco de la entrada con la cabeza inclinada hacia su esposa para poder escucharla en medio del bulli-cio. Se rio de lo que le dijo en voz baja, asintió y la atrajo a su lado para evitar que la empujara la muchedumbre que corría para guarecerse la lluvia.

Dos árboles flanqueaban la única entrada por la que se accedía al vestíbulo abovedado del teatro. Sus ramas estaban entrelazadas y ofrecían una pequeña protección contra las inclemencias del tiempo. El viento hacía que las hojas se rozaran y que las ramas crujieran. Las nubes se arremolinaban formando unas oscuras e inquietantes columnas que tapaban la luna.

Otra ráfaga de luz producida por un rayo iluminó a dos hombres corpulentos que se abrían paso en dirección contraria a la del público, que salía del teatro aparentemente con la intención de refugiarse en el edificio. Al desvanecerse el destello, solo quedó la tenue iluminación de la entrada y las farolas que parpadeaban inquietantemente. Thelma Goodvine tiró de la chaqueta de su marido para que volviera a mirarla.

— ¡Una pistola! ¡Al suelo! ¡Al suelo!

Joie Sanders se lanzó encima del senador y su esposa con los brazos extendidos para que cayeran al suelo. Después en un solo movimiento rodó y se puso de rodillas frente a los atacantes con una pistola en la mano.

— ¡Una pistola! ¡Todo el mundo al suelo! —gritó.

Unas llamas rojas y naranjas salieron de dos revólveres que apuntaban a la pareja a la que le habían asignado proteger. Joie respondió al fuego con su calma habitual, y con gran precisión alcanzó a uno de los hombres que cayó derribado casi a cámara lenta sin dejar de disparar al aire.

La gente gritaba y corría en todas direcciones. Algunas personas cayeron al suelo y otras se agazaparon detrás de la frágil cubierta. El segundo hombre cogió a una mujer que llevaba un largo abrigo de piel y la puso delante de él a modo de escudo. Joie empujó al senador y a su mujer, intentando conseguir que se arrastraran hasta el interior del teatro donde estarían relativamente más seguros. El segundo hombre armado obligó a la mujer a avanzar, a pesar de que no paraba de sollozar, y comenzó a disparar contra Joie, que nuevamente tuvo que rodar por el suelo para cubrir la retirada de sus protegidos.

Sin embargo una bala impactó en su hombro y le provocó un intenso dolor. Un chorro de sangre manchó los pantalones del senador. Joie gritó con fuerza y, a pesar de tener el estómago revuelto, no dejó de apuntar a su objetivo. Toda su atención se redujo a un solo hombre, a una diana. Apretó el gatillo lentamente con mucha precisión y observó el feo agujero que apareció en medio de la frente de él. El hombre cayó como una piedra y arrastró a su rehén formando un enredo de brazos y piernas.

Se produjo un corto silencio. Solo se oía la cadencia inquietante del crujido de las ramas. Joie parpadeó intentando aclarar su visión. Parecía como si estuviera observando una gran piscina resplandeciente, pero seguía mirando fijamente a su atacante que tenía la mirada fría e inexpresiva y llevaba algo metálico brillando en su mano. El hombre se levantó en medio de la multitud y se lanzó contra Joie antes de que pudiera apartarse de su camino. Pero ella consiguió revolverse lo suficiente como para escapar de su hoja letal y darle un culatazo en la mandíbula. Después le dio un golpe en la mano que sujetaba el cuchillo. Él gritó y dejó caer el arma, que se deslizó por la acera, pero alcanzó a darle un puñetazo en la cara e hizo que cayera de espaldas. Entonces se volvió a lanzar sobre ella con el rostro lleno de odio.

Pero algo lo golpeó en la nuca y Joie alcanzó a ver que había sido uno de sus hombres.

—Gracias John. Creo que me ha roto todos los huesos cuando me cayó encima.

Se agarró a la mano que le había ofrecido este para ayudarla a salir de debajo de la gran mole. A pesar de su abrumadora debilidad, la guardaespaldas dio una patada a la pistola que aún estaba en la mano inerte del primer hombre al que había disparado. Se sentó de golpe al sentir que se le doblaban las piernas.

—Pon al senador y a la señora Goodvine a buen recaudo, John. —Ya se oían sirenas que iban y venían—. Que alguien ayude a levantarse a esa pobre mujer.

—Lo tenemos, Joie —le informó un agente—. Tenemos al conductor. ¿Estás malherida? ¿Cuántos golpes te has llevado? Dame tu arma.

Joie miró la pistola que tenía en la mano y observó sorprendida que seguía apuntando a su atacante que yacía inerte.

—Gracias Robert. Creo que voy a dejar que John y tú os hagáis cargo de la situación durante un tiempo.

—¿Ella se encuentra bien? —Oyó la voz ansiosa del senador—. ¿Sanders, estás herida? No quiero dejarla aquí; ¿dónde nos llevan?

Joie trató de levantar el brazo para indicar que estaba bien, pero lo sintió pesado y poco dispuesto a cooperar. Cerró los ojos y respiró profundamente. Lo único que necesitaba era estar en otro lugar por un rato mientras los médicos la curaban. No era la primera vez que recibía un disparo y estaba segura que no sería la última. Tenía un sexto sentido que la había llevado a la cumbre de su profesión y eso la obligaba a llevar una vida llena de peligros.

Joie podía mimetizarse. Algunos de sus hombres la llamaban Camaleón. A veces parecía ser extremadamente hermosa, y otras anodina o simplemente normal. Podía relacionarse con la gente más ruda, con los sin techo o con los ricos y glamurosos. Era una cualidad muy valiosa y la usaba a su voluntad. Por eso la llamaban para realizar las tareas más difíciles, aquellas en la que la acción era inevitable. Pocos tenían su habilidad con los cuchillos o las armas de fuego, y nadie podía desaparecer entre la multitud de la manera en que ella lo hacía.

Salió de su cuerpo y observó con interés durante unos minutos la frenética escena que se desarrollaba a su alrededor. Los otros compañeros

asignados al senador y los agentes austriacos lo tenían todo bajo control. A ella la estaban llevando a una ambulancia para sacarla de allí. No había nada que detestara más que los hospitales. Había visto demasiados, y tenía asociado su olor con la muerte. Más de uno de sus compañeros, sus amigos, habían entrado en ellos y no habían vuelto a salir nunca más.

No estaba segura de si creía en los viajes astrales, pero había tenido experiencias extracorpóreas desde que era niña. Había ido perfeccionando esa capacidad a lo largo de los años. Conseguía dejar su cuerpo físico y volar cuando no quería estar en el sitio en el que se encontraba. Era un don muy excitante y útil. También muy real. En ocasiones demasiado real. Muchas veces los parajes que se encontraba eran bastante más interesantes que el lugar donde había dejado su cuerpo, y evidentemente el mayor peligro radicaba en la posibilidad de no encontrar el camino de regreso.

Había leído muchos artículos sobre viajes astrales. Principalmente parecía que los llevaban a cabo personas iluminadas, que tenían fe y creían en mundos más elevados y mejores. Ella era mucho más práctica. Trabajaba en el lado más sórdido de la vida, pero buscaba la espiritualidad en la naturaleza y la belleza de los lugares vírgenes y salvajes, a los que acudía haciendo viajes astrales, o con su cuerpo físico cuando tenía tiempo libre.

El olor del hospital era insoportable y le revolvía el estómago. La gente se movía rápidamente a su alrededor y hablaba en voz baja. Le inyectaron algo y le cortaron la camiseta para sacársela. Por regla general no tomaba analgésicos e intentó decirlo, pero nadie la escuchaba. Rápidamente le pusieron una máscara de oxígeno en la cara. ¿De qué le servía estar en un lugar que no le gustaba si podía recorrer el mundo con su mente? Si estaba realmente allí, o no, importaba bastante poco. Sentía que cuando viajaba fuera de su cuerpo todo era muy real. Inhaló una gran bocanada de oxígeno y abandonó su cuerpo físico.

Sencillamente decidió alejarse y vagar sin rumbo. Quería estar al aire libre, a cielo abierto, o debajo de la tierra para disfrutar de la belleza del mundo subterráneo... no le importaba dónde ir siempre y cuando no estuviera entre las paredes de un hospital.

Joie se sintió ingravida y libre cuando pasó sobre las montañas que había estudiado con tanto ahínco. A medida que se iba elevando libremen-

te aprovechó para planificar una excursión con su hermano y su hermana en cuanto el senador y su esposa estuvieran sanos y salvos en su casa. Cruzó el espacio. Oía a lluvia. Sintió el frío y la humedad de la niebla de las montañas. Muy por debajo de ella vio la entrada de una cueva, que en esos momentos estaba iluminada por un rayo de luz de luna que había conseguido traspasar la gruesa capa de nubes. Sonrió y se dejó caer hasta conseguir acceder a ese mundo hecho de hielo y cristales. No le importaba si estaba soñando, o estaba sufriendo una alucinación; lo único que quería era escapar del dolor de sus heridas y del olor del hospital.

### *Montes Cárpatos*

Traian estaba tumbado en la tierra fría mirando el alto techo abovedado que parecía el de una catedral. Tenía tantas heridas en el cuerpo que solo quería descansar. Afortunadamente la belleza de la cueva era tan impresionante que hacía que se le olvidara el dolor físico. La serie de cuevas interconectadas que se internaban en las profundidades de la tierra eran parte de una enorme ciudad subterránea. Grandes cataratas de hielo caían en cascada desde el techo hasta el suelo. Algunas se solapaban entre ellas haciendo como si unos grandes arcos de hielo envolvieran la cueva como si fueran papel de regalo.

A pesar del frío, algunos insectos y murciélagos habitaban en las partes más altas, pero él había elegido una zona más profunda, donde solo unas pocas criaturas podían sobrevivir. El frío le ayudaba a calmar el dolor y le aportaba una sensación de paz que tanto necesitaba después de las últimas refriegas. En el rincón más apartado de la cueva las paredes estaban hechas de una gruesa capa de hielo, y el techo parecía estar formado por una nube helada. Mientras intentaba quitarse algunas de las brasas ardientes de su cuerpo, pensó en la enorme energía que debió hacer falta para construir algo tan tremendamente hermoso en las profundidades de la tierra.

Entonces volvió la cabeza y la vio. Casi se le detuvo el corazón, aunque enseguida comenzó a latirle con mucha fuerza. Se quedó sin aliento durante un largo rato. Ella planeaba justo por encima de su cabeza, un poco a la izquierda. Había entrado en silencio y de alguna manera había

conseguido atravesar sus defensas. ¿Estaba tan cansado que había olvidado un detalle tan fundamental para protegerse? Imposible. Podía sentir que la red de protección estaba fuerte y en su lugar. Nadie... ni nada... podía cruzar su dispositivo de seguridad.

Estudió a la mujer. Tenía el pelo oscuro, brillante y espeso, del tipo que a los hombres les encanta acariciar. Fue lo primero que pensó. Nunca había pensado así de las mujeres... o al menos que pudiera recordarlo... y había tenido una muy larga existencia. Sus ojos eran grandes y grises, enmarcados por unas gruesas pestañas. Lo miró completamente asombrada.

—¿Estás herido? —le preguntó—. Si fueras real haría que te vieran los paramédicos.

A Traian le pareció que su voz le atravesaba la piel y le acariciaba el corazón, que se le apretó tanto que se quedó sin aliento. Su visión se volvió borrosa. Minúsculos puntitos de luz explotaron en su retina como si fueran un espectáculo de luces de colores. Al principio solo vio colores pastel, por lo que algunas de las formaciones de hielo se tiñeron de suaves tonos verdes y azules.

—¿Qué te hace pensar que no soy real?

Comprobó el sonido de su propia voz, sin estar seguro si ella era de verdad o un sueño. Lo habían herido un millar de veces y nunca le había sucedido algo como esto. ¿Una mujer planeando sobre su cabeza? ¿Flotando en el aire como un ángel? Estaba tan lejos del cielo que nada de esto tenía sentido. No era un hombre que se asustara fácilmente. Quería ver lo que ella iba a hacer. No tenía ninguna duda de que podría matarla si hiciera algún movimiento en falso.

—Porque realmente no estoy aquí —le respondió—. Estoy en un hospital a muchos kilómetros de distancia. Ni siquiera sé dónde estoy.

Traian frunció el ceño y se frotó los ojos. Los puntos de colores chisporrotearon y vio un espectáculo de fuegos artificiales en el interior de su cabeza. Estupendo. Lo último que necesitaba ante una potencial amenaza era perder la vista. Pero ella no parecía ser una amenaza, y además la encontraba entretenida y tranquila. No parecía ser transparente, pero era posible que le estuviera diciendo la verdad. Su voz tenía un eco melodioso, como si fuera incorpórea.

—Yo te veo muy real.

—¿Qué demonios estás haciendo tumbado en el barro en medio de una cueva? —Su risa suave le atravesó el cuerpo—. ¿No habrás confundido este lugar con un balneario?

El corazón de Traian casi dejó de latir. Parpadeó varias veces y una lluvia de colores estalló en sus ojos ofreciéndole una espectacular exhibición de gotas oscuras. Cuando la miró, su mundo se había vuelto del revés. Las sencillas preguntas que le había hecho lo habían transformado todo para siempre.

Tenía consciencia de todo, de la frescura de la cueva, el azul del hielo, el dramatismo de la arquitectura que se había formado hacía miles de años. También de que ella tenía el pelo oscuro y brillante, de tantos tonos distintos de castaño que ni siquiera sabía que existían. Las cejas y las pestañas correspondían al color de sus cabellos, y sus ojos eran de un gris acerado. La boca era ancha y las comisuras curvadas. Los dientes eran pequeños y muy blancos. Las líneas de expresión a los lados de la boca, y las de sus ojos, indicaban que tenía sentido del humor. La piel era ligeramente dorada gracias a que estaba bronceada por el sol.

Estaba viendo en colores. Después de cientos de años de una sombría y gris existencia, viviendo en un mundo sin color ni emoción, allí estaba ella, la otra mitad de su alma, que lo miraba con los ojos curiosos y la sonrisa divertida. Tenía sangre en el hombro y contusiones en el rostro. Le pareció que llevaba una extraña bata muy fina que no la tapaba demasiado.

Entrecerró los ojos intentando ver las lesiones de su cuerpo. Ella había mencionado un hospital.

—¿Qué te ha pasado?

Ella le sonrió, como si sus lesiones no fuesen nada a pesar de que el corazón de Traian latió asustado, y se le hizo un nudo en el estómago. No tenía ni idea de lo importante que era para él. Después de tantos años al fin había encontrado a su compañera.

—Me dispararon —se tocó el rostro con una mueca de dolor—. Alguien me golpeó en la cara. Todo es un poco confuso. Me están dando tranquilizantes y nunca reacciono bien a ellos.

Por primera vez su cuerpo brilló y aparentemente era transparente.

—Espera, no te vayas.

Casi saltó para agarrarla pero sabía que su mano la traspasaría si realmente no estaba allí.

Traian nunca en su vida había sentido pánico, al menos no lo recordaba. Había estado en innumerables batallas, pero tanto si ella fuera real o no, había vuelto a ver en colores. Estaba sintiendo. Emociones. Emociones reales. Sabía que eso era cierto. ¿Era posible que estuviese siendo víctima de una alucinación? Había perdido mucha sangre, demasiada, y en la cueva no había nada con lo que poder reponer toda la que había derramado. No podía imaginar que alguna vez pudiera ser capaz de hacer que apareciera algo así.

Miedo. Júbilo. Conmoción. Sus emociones eran demasiado fuertes como para que fuesen recuerdos. Ella tenía que ser real. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta la cueva, pero para él era lo bastante verdadera como para hacerle recuperar los colores y las emociones. No podía perderla. Ahora no. La había buscado por todo el mundo. Tenía que encontrar una manera de retenerla a su lado.

Un pequeño escalofrío recorrió el cuerpo de Joie mientras hacía un gran esfuerzo de concentración para permanecer junto a él.

—No puedo hacer esto durante mucho tiempo, pero —frunció el ceño— tú también estás herido. ¿Sueles ir a nadar en el barro con un enorme agujero en el hombro? Sabes que existen las infecciones y la gangrena, ¿verdad?

—Tuve un pequeño encontronazo con un grupo de granujas muy desagradables. Estuve inusualmente lento.

Mantuvo la voz clara, obviando sus propias heridas.

—¿Y ese tipo de cosas te pasan a menudo?

Por las líneas de expresión de los bordes de su boca sabía que tenía sentido del humor. Le gustaba su boca y la peculiar sonrisa que se reflejaba en sus ojos.

—Muy a menudo, desgraciadamente. ¿Y a ti?

Traian se quedó inmóvil mientras esperaba su respuesta.

—Lo mismo. En mi trabajo tienes que convivir con este tipo de riesgos.

Traian inhaló con fuerza pero no pudo sentir su olor. Eso le indicó que realmente su cuerpo físico no estaba presente en la cueva.

—Debemos tener un trabajo similar.

—Pero —le dedicó otra amplia sonrisa— tú estás en esta cueva y yo en un hospital, ¿qué dice esto de ti?

Entonces apareció su propio sentido del humor. No había bromeado con nadie desde su infancia, y apenas lograba recordar aquellos días.

—¿Soy un excéntrico?

La risa de Joie parecía una melodía que acariciaba su cuerpo, como si fuera el roce suave de unos dedos.

—Parece que llevas poca ropa para estar en una cueva —señaló.

Ella miró su propio cuerpo arqueando las cejas. Parecía que llevaba algún tipo de bata de hospital. Había olvidado vestirse adecuadamente para el viaje astral. Se encogió de hombros y con una pequeña sonrisa muy incitante le contestó:

—Bueno, a una dama le gusta saber que su aspecto es el mejor cuando la van a llamar los grillos de la cueva.

Joie estudió al hombre que tenía debajo. Era el hombre más guapo que había visto nunca. Nunca. Y a pesar de que ella se había entrenado con compañeros muy atractivos. Tenía el cuerpo duro como una roca, con la musculatura bien definida, y ella sabía perfectamente bien a qué se refería. Exudaba energía, a pesar de que era obvio que estaba gravemente herido. Él pretendía quitarle importancia, pero cuando ella realmente se fijó pudo ver que tenía una herida horrible en el cuello y marcas de mordeduras en los hombros y los brazos. Cuando Traian cambió ligeramente su posición también vio que tenía más heridas en la espalda.

—Parece como si te hubieses encontrado con una manada de lobos.

Se mordió los labios mientras esperaba una respuesta. Descubrió que cuando salía de su cuerpo no sentía dolor pero sí percibía el frío. Esta vez era más de lo normal aunque no tenía nada que ver con estar en una cueva de hielo. Nunca había hecho uno de estos viajes por un periodo prolongado de tiempo, y menos a una distancia tan grande. Si había elegido esta cadena de montañas había sido porque estaba estudiando la posibilidad de ir allí de vacaciones.

El frío intenso le atravesó el cuerpo. Estaba preocupada por ese hombre. Como su cuerpo no se encontraba realmente allí, él, de hecho, no podía ver lo que estaba sufriendo, ni toda la sangre que había derramado. En cambio, ella sí que veía fácilmente sus heridas y el rastro de sangre que

había ido dejando sobre el hielo al llegar hasta allí. Parecía estar muy herido. Pero como ella no se hallaba en su cuerpo físico, no podía ayudarlo.

—Quizás ha sido más una jauría de perros que de lobos. No puedo insultar de esta manera a mis hermanos.

A ella le encantaba su voz

—Tienes un acento increíblemente sexy. ¿No se lanzan las mujeres a tus brazos con solo oír tu voz?

Era muy buena identificando acentos, pero el suyo era diferente; pronunciaba las palabras con una sonoridad especial. Para ser un sueño astral, era completamente fascinante. Mientras más tiempo permanecía con él, más real le parecía.

—La verdad es que nunca he advertido ese fenómeno —sus ojos brillaban divertidos—, pero ya me fijaré en el futuro.

La idea de que las mujeres pudieran lanzarse a sus brazos irritaba a su yo femenino más primitivo, cosa que le sorprendió. No era de esa clase de personas. Trabajaba con hombres todos los días, y ni una sola vez había deseado estar con uno de forma permanente. Era tan extraño que durante un viaje astral se fuese a encontrar con un hombre que le pareciera atractivo. Le gustaba su voz sexy y su cuerpo duro y firme. Definitivamente era europeo. Tenía el pelo más largo de lo que normalmente le gustaba en un hombre, pero le sentaba muy bien y era adecuado para su rostro aristocrático.

No podía determinar su edad, pero sin duda era todo un hombre. Un guerrero. El tipo de hombre que le atraía. Se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente y de que le sonreía procurando que los dientes no le castañeteasen. El frío había empeorado y parecía como si su temperatura corporal hubiese descendido alarmantemente.

—Eres demasiado encantador como para no haberte dado cuenta —señaló—. Me pareces un hombre con demasiada experiencia. Miró a su alrededor—. Bonita cueva. Me encantan las cuevas. Esta me parece un lugar maravilloso para explorar.

—No creo que haya sido descubierta todavía —le respondió cordialmente.

—¿En serio? Te tropezaste con ella cuando ibas con los ojos vendados, ¿verdad? Una forma interesante de explorar cuevas. ¿Dónde estoy? Me gustaría volver aquí.

—¿Si no sabías de la existencia de estas cuevas, cómo las has encontrado? ¿Flotas en el aire con los ojos vendados?

Ella le sonrió.

—Lo hago a veces cuando no quiero estar en el lugar donde me encuentro. Una mala costumbre.

Traian la analizó. Era hermosa, aunque a veces su figura se desvanecía y después volvía a aparecer.

—Estás en una red de cuevas de hielo en los montes Cárpatos. Mi pueblo considera que esta cadena de montañas es su hogar. Sus bosques vírgenes y las profundidades de la tierra.

Joie frunció el ceño.

—Me gusta tu forma de hablar, de verdad, es muy anticuada y elegante, pero también te las has arreglado para evitar mi pregunta. Los montes Cárpatos son un sistema montañoso muy diverso que atraviesa varios países.

El modo de vida de Traian desde que podía recordar, se había basado en el engaño. Los carpatianos nunca dejaban rastros personales, ni nada que pudiera delatar que no eran humanos. Y sin duda nunca decían dónde estaba su tierra natal. Dudó. El príncipe estaba cerca y tenía que protegerlo a toda costa.

La figura de ella brillaba, pero enseguida su sonrisa se desvaneció.

—Me están haciendo algo desagradable y no puedo seguir con mi proyección astral.

Traian se incorporó y tuvo que contener un gemido, pues las brasas que tenía incrustadas debajo de la piel lo estaban abrasando ferozmente.

—No te vayas todavía.

—Lo siento —dijo observando su propio brazo, y enseguida volvió su mirada hacia él con los ojos llenos de lágrimas—. Me están limpiando la herida. Es un dolor insoportable.

—Tengo que volver a verte, ¿dónde estás?

Ella volvió a fruncir el ceño.

—No lo sé, en un hospital.

—Rumanía. Estas cuevas están en Rumanía. No puedo perderte.

Traian estiró una mano para detenerla.

Ella lo intentó. Él podía ver el esfuerzo que estaba haciendo. Le dijo algo que no pudo oír y su cuerpo se fragmentó.

—Tengo que encontrarte. Dime tu nombre. Tu nombre.

Necesitaba ese dato para encontrarla.

Joie abrió la boca pero no pudo decir nada y desapareció. Así de rápido. Se evaporó sin dejar rastro. Traian se quedó sentado solo en la oscuridad de la cueva, asombrado de cómo la vida podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Ella era real. Tenía unas poderosas habilidades psíquicas. Había compartido con ella su espacio y su mente, y le había dejado una huella profunda en el cerebro. No se escaparía, pero no iba a ser fácil encontrarla sin saber su nombre ni tener ninguna referencia como punto de partida.

Se dio cuenta que su corazón palpitaba con fuerza lleno de alegría. Una compañera. Era lo último que esperaba encontrar en su largo viaje de regreso a casa. No era carpatiana, lo que era desconcertante, pero el príncipe se había emparejado con una humana y por lo tanto era posible que fuera su compañera. Necesitaba a esa mujer para sobrevivir. Tenía que encontrarla. Le era difícil mantener su disciplina y no salir de la cueva corriendo como un loco justo cuando iba a amanecer.

Dejó escapar el aliento con un largo y lento siseo mientras hacía una promesa. Esa mujer le pertenecía. Poseía la otra mitad de su alma. Tendría que haberla vinculado a él en ese momento, pero la distancia era demasiado grande y si tardaba demasiado tiempo en encontrarla, las palabras rituales podrían dejarlos sumidos en el caos a los dos. No, tenía que sanar primero y después su única misión sería encontrarla.

Traian volvió a recostarse. Movi6 su mano para que la pequeña porci6n de tierra y lodo que haba encontrado lo cubrieran por completo. Tenía que aquietar el coraz6n y la respiraci6n hasta que el canto de la tierra lo sumiera en un profundo sueño reparador.